

María llora de felicidad en los brazos de su amado.

Como si se hubiera obrado una especie de milagro, a Miguel se le había pasado la fiebre.

Con la alegría su alma florecía, sintiendo que la primavera reinaba de nuevo en su corazón.

Por primera vez, tras siete largos años, oía cantar a los pájaros.

Había decidido que tras desayunar, irían los tres juntos a cuidar de los abuelitos.

Tantas veces le habían preguntado por su marido, que estaba deseando presentárselo.

Aunque él había estado trabajando toda la noche, parecía despejado.

Si quería podía echarse a descansar en casa de los ancianos mientras ella les preparaba la comida.

Luego volverían a casa y permanecerían los tres juntos abrazados todo el día y la noche.

Su jefa, la dueña del café, que era muy comprometida políticamente, además de feminista, le había sugerido que podían cerrar para unirse a la manifestación que se celebraría esa tarde.

Ella le había dicho que se quedaría atendiendo el café, pero había decidido que aquella revuelta ciudadana le serviría para disfrutar al fin, durante un domingo de su vida, del amor y la libertad.

Llevaban abrazados más de media hora y todavía creía que aquello no podía ser realidad.

El aroma de su cuerpo impregnaba su olfato y todo su cerebro.

Jamás había conocido un perfume más delicioso, el cual le atraía tan poderosamente que era incapaz de apartarse de él ni un segundo.

No le recordaba tan alto.

Daba la sensación de que había crecido, o bien se mantenía más erguido.

No pensaba preguntarle dónde había estado todo ese tiempo.

Sin duda la había abandonado por otra, aunque ahora sentía que de nuevo le pertenecía a ella en exclusiva.

Su forma de vestir también era diferente.

Se había vuelto más clásico y llevaba el pelo más corto.

El parecido entre Marcos y Miguel era increíble.

El mismo pelo negro rizado, los mismos ojos verdes e idéntica boca de labios carnosos que ahora recorrían su piel.

Siempre había creído que con tan sólo un fruto de su amor le bastaría para permanecer plenamente feliz frente la adversidad el resto de su vida, sin embargo ahora presentía que pronto llegaría otro más.

Así es el amor verdadero, un deseo desmedido que obliga al ser que lo goza a revivirse, a reencarnarse en nuevos sujetos amorosos, amados y enamorados.

Sus cuerpos se atraían de un modo magnético y ardiente, recorriendo sus vientres una especie de lava volcánica.

Sus ojos, regados por las lágrimas, brillaban como estrellas.

Miguel también les abrazaba y les besaba, imitándolos, como los niños hacen siempre, aunque en la mayoría de los casos, desgraciadamente, para mal.

Con aquel padre desconocido hasta entoces, aunque millones de veces imaginado, había hablado alguna que otra vez por teléfono.

Ése era el final feliz de cuento de hadas que el niño había soñado a lo largo de toda su vida.

Por esa razón su madre lloraba, ya no de tristeza ni de rabia como de costumbre, sino de puro contento.

Mario bebe su café azucarado mientras un sabor amargo le embargaba el alma. Aunque para él, como materialista que era, tendría que tratarse de la mente. Aquello tenía que ver con Mireya, estaba claro, porque antes de irse a dormir le había enviado un mensaje, al cual no había respondido. Para colmo había tenido que soportar el mal humor de su madrastra nada más levantarse, siempre quejándose por todo. ¡Qué bruja!, se dijo. Entonces recordó que precisamente una le había perseguido en sueños aquella noche. Al final, siguiendo el consejo de Ángel, había dejado de huir y se había vuelto a preguntarle qué quería de él. Aquella mujer fea y vieja se había limitado a llorar desconsolada, balbuceando entre sollozos palabras inconexas. No hubo forma de sacar nada en limpio. Había perdido el miedo, aunque mirarla a la cara le había producido repugnancia, pues le recordaba a una fruta podrida. ¿Y si a todas las mujeres les sucedía algo similar? Si cuando eran jóvenes todos los hombres las deseaban y luego, con el transcurrir del tiempo, empezaban a despreciarlas, haciéndolas sentirse tan desgraciadas que acababan por convertirse en brujas malvadas. Tenía sentido. Casualmente hacía no mucho que había leído el libro de Bruno Bettelheim sobre el psicoanálisis de los cuentos de hadas. Ángel mantenía que tan solo el amor verdadero garantizaba el respeto hacia las mujeres en el transcurso del tiempo, pero que la sociedad primaba el interés sexual, especialmente a través de su prohibición, luego exaltación. ¿Podría ser que por Mireya hubiese sentido tan sólo deseo y que todavía fuese virgen del amor? El ejemplo que había visto en su propia casa tampoco resultaba demasiado alentador. Entonces se decidió a dar el paso y le pidió a su madrastra, la bruja en la realidad, que se sentara a su lado a tomar un café. Ésta, con la escoba en la mano, cómo no, pareció verdaderamente sorprendida. Lo primero que hizo fue tratar de arreglarse torpemente las greñas. Sacudió instintivamente el delantal y, tras permanecer un momento paralizada, como sin saber qué hacer, se lo quitó. Luego sonrió tímidamente, y hasta coqueta. Aquello le produjo repugnancia. La sensación de encontrarse en contacto con una fruta podrida estaba a punto de hacerle arrepentirse de su determinación de comportarse de un modo más humano con un ser al que siempre había considerado una especie de esclava o inferior. Pero la culpa era suya, pues era ella la que ofrecía esa horrible imagen a los demás. Seguro que a su padre le hubiera gustado una esposa más alegre, vivaz y culta; aunque tampoco había tantas mujeres así, y menos de su edad. A decir verdad, su propia madre, que algo había estudiado, también había terminado convertida en una sierva del hogar. ¿Y si la verdadera revolución se encontrara en acercarnos los hombres a las mujeres, la mitad de la humanidad a la otra mitad? ¿Y si el yo dividido del que hablaba Freud procedía precisamente de ahí? Entonces bebe un trago de café, y a punto ha estado de escupirlo, pues aquella mujer le produce náuseas.

Miriam, antes de irse a dormir tras toda la noche en vela, se mira en el espejo y por primera vez en su vida nota en su rostro un asomo de satisfacción al estilo de la Gioconda.

El Mono Liso, así había titulado su novela.

El protagonista sería un psiquiatra comiendo cacahuetses y haciéndose pajas entre paciente y paciente, todas ellas jovencitas depresivas.

Cada una contaría sus penas capítulo tras capítulo.

Él representaría a Dios.

Al fin y al cabo la psicología siempre le había fascinado, y había leído cuantos libros y revistas habían caído en sus manos.

Además conocía los testimonios de su amiga Marta, que cuantos más años de terapia llevaba, peor estaba.

Era como si el hecho de humillarse semana tras semana frente a un tipo barbudo la convirtiera en una víctima profesional.

Y todo gracias a un comentario de Freud diciendo que la Gioconda expresaba una preocupante masculinidad, cuando lo único que prodría resultar preocupante sería su serenidad.

Había leído numerosos comentarios crueles y humillantes sobre la modelo, incluso que se trataba del propio pintor; pero ése había sido el que más le había dolido por resultar evidentemente misógino.

Muchos afirmaban eso de Freud, y sin duda no se equivocaban.

Seguro que todas y cada una de sus disparatadas teorías lo eran, como ésa de que todos los niños estaban locamente enamorados de sus madres, como si no hubiera más personas para amar en el mundo.

Si aquello tenía sentido era porque la mayoría de las mujeres, a falta de otra cosa, se aferraban primero al matrimonio y luego al amor sus hijos varones cuando sus maridos no les hacían ni caso.

Al final todo lo que había leído sobre psicología comenzaba a resultarle útil.

En su caso estaba claro que su madre, por haberse pasado la vida encerrada en casa, había tratado de realizarse a través de sus hijas, lográndolo, cómo no.

Así, a falta de un niño, ambas resultaban, como diría Freud, preocupantemente masculinas.

Aunque ella no llegaba a parecer un camionero de camisa a cuadros como su hermana, también había trabajado duro toda su vida para compensar la insatisfacción vital de su progenitora.

La esclava de una esclava, eso es lo que somos las mujeres, esclavas del señor, de los hombres.

Por ese motivo la masculinidad se mostraba siempre serena y satisfecha como el rostro de la enigmática figura de Da Vinci.

Aquel era sin duda el código secreto que ocultaba el retrato.

Daba igual que se tratara de monjas o seglares, pues los comportamientos eran idénticos.

Ellas siempre sufriendo, mientras eso a ellos les producía un delicioso regocijo y una enorme excitación.

La humanidad era así.

Las cuestiones nacionales, políticas, sociales y religiosas, apenas importaban.

Al fin frente al espejo deja de ver una extraña, una especie de monja, y se encuentra a sí misma, una mujer inteligente y satisfecha de su propio pensamiento.

De ahí a convertirme en una gran escritora existe un corto camino que estoy dispuesta a recorrer, se dice mirándose de reojo en el espejo.

Moncho anda dándole vueltas a su nueva película al estilo de Almodóvar. Su trabajo de barrendero lo realizaba de un modo maquinal, y aunque requería esfuerzo, normalmente se sentía como en el gimnasio. Su mente en blanco era una hoja de papel sobre la que apuntar todo lo que se le ocurriera. Como Mujeres al borde de un ataque de nervios era una de sus favoritas, pensaba inspirarse en ella. Así no es preciso que las protagonistas femeninas sean gran cosa. Todas se pelearán por un hombre, un cantante, rico, famoso y atractivo. Se volverán histéricas nada más verlo. El público se partirá de risa. Se tirarán de los pelos. Habrán tomado una droga que las volverá locas de remate. Una mujer desquiciada es absolutamente realista, y además gracioso, se dice, como si acabara de encontrar el secreto del éxito. Sin embargo aquella idea no le convencía por completo. En las películas de Bergman las mujeres sufren de un modo desmedido. ¿Por qué? Quizás, si se las dejaran actuar con libertad, se irían todas detrás del más guapo. Para evitarlo la sociedad trata de mantenerlas dentro del redil y que no salgan de él. La libertad de las mujeres significaría la desgracia de los hombres. Los feos bajitos, la mayoría, estarían condenados a no gozar jamás del sexo. ¡Qué listos!, Woody el primero. Entonces recordaba su cortometraje titulado Sangre, considerándolo demasiado trágico y poco realista. Ellas aparecían correteando por el bosque, libres como caperucitas. Eso no podía ser. Realmente no deberían escapar de ellos, sino correr todas detrás de uno. Eso resultaría muy cómico. Al menos tenía al protagonista, que no era poco. Le había prometido trabajar para él, y la verdad era que Marcos Roero no desmerecía al lado de Eduardo Noriega. Tenía claro que esta vez su película sería una comedia. También cree que si cambiara la música de su cortometraje por la famosa melodía de Bernard Herrmann en Psicosis, todavía podría convertirlo en algo verdaderamente humorístico. A la gente le gustaba reírse de las desgracias de los demás. Como todo el mundo en el fondo desea reproducirse, el ver fracasar a los demás les provoca, además de hilaridad, una gran satisfacción. La cuestión debe ser mantenerlas asustadas para que obedezcan a sus padres y no se vayan con el primer guapetón que pase. Eso se evita a toda costa en cualquier cultura, incluida la nuestra. Para eso está la moda, para desviar la atención de las jóvenes inocentes hacia las demás y que no se fijen en quien no deben. De hecho las guerras y las dictaduras sirven para mantener a las caperucitas aterrorizadas. Aunque siempre está la lista de turno que se liga al más guapo. Las maduritas, sin embargo, toman a los hombres como presa, y eso sólo sucede en nuestra cultura occidental, donde las mujeres están liberadas. Así reflexiona sin parar, pues se trata de su deporte favorito.

Marta sigue durmiendo y soñando de paso cosas terribles.

Marcos se encontraba sobre un escenario.

Era famoso.

Decenas de rubias teñidas, como ella, trataban de disputárselo tirándose de los pelos y arañándose la cara con las uñas pintadas de rojo.

Todas ellas estaban desesperadas porque eran chicas modositas de buena familia que habían desperdiciado prácticamente toda la juventud comprándose ropa y mirándose al espejo sin haber llegado a conocer aún a su príncipe azul.

La sociedad de consumo, a las que no habían sido lo suficientemente espabiladas, les había hecho caer en una terrible trampa.

Durante años había sido explotado al máximo su poder adquisitivo, y ahora, sin juventud, ahorros, ni belleza, tenían que enfrentarse solas a la prueba más dura para una mujer, la maternidad.

Por eso se encontraban en una especie de hoyo a modo de fosa común, hundidas y desesperadas.

Trataba de gritar, de despertar, pero no lograba salir de aquel infierno.

Como si no hubiera ya sufrido bastante a lo largo de su vida, todavía tenía que soportar una humillación más.

Todo porque quería tener un hijo.

Lograrlo mediante inseminación artificial, tampoco le importaría.

Simplemente deseaba reproducirse, y no comprendía cómo algo tan sencillo para todas las especies animales, se había vuelto tan complicado.

¿Y dónde quedaba el amor en todo ello?

¿Acaso todas aquellas mujeres no buscaban más que un cuerpo masculino atractivo?

¿Es que el único valor humano era físico?

Una vez había pasado la noche con un chico muy delgadito de ojos verdes que la había tratado con una delicadeza extremada.

No había vuelto a quedar con él porque se trataba de un camareruco andaluz.

Desgraciadamente no se encontraba a su altura.

Aquello había sucedido mucho tiempo atrás, pero aún no lo había olvidado.

Hacía calor.

Estaba muy morena tras haber pasado una semana en Ibiza con sus amigas.

Quizás fuera ya septiembre.

Se encontraba en un bar de moda del edificio Galaxia en Moncloa.

Le había hecho gracia ver a un chico con una cazadora de cuero con el calor que hacía.

Era de cremalleras, de esas que se llevaban tanto.

Incluso ella tenía una roja igual.

Se habían puesto a hablar de la chaqueta, y al final, cuando no quedaba allí ninguna de sus amigas, pues al ligar la abandonaban, se había ido a dormir con él a una pensión en Guzmán el Bueno.

Aquella noche, sexualmente, había sido la mejor con diferencia.

La dulzura de aquel muchacho la había enternecido en tal medida que por una vez en su vida se había sentido fuera de sí, arrobada, extasiada.

Por la mañana él se había ido a trabajar.

Al volver la había llevado a pasear por el Parque del Oeste y luego a ver la puesta de sol al Templo de Debod.

Sin duda uno de los días más memorables de su vida.

Y aunque precisamente en ese momento, a las doce en el Retiro, hubiera tenido la oportunidad de reencontrarlo, sigue durmiendo.

Marcial espera a la mujer que le había despertado en plena noche para contarle sus pesares, como si fuera la única en el mundo que sufría.

¿Tan inocente era como para ignorar el sufrimiento ajeno?

¿Inocente o ignorante?

Para empezar estaba retrasándose.

Aún encima de haberla consolado, ahora le hacía el feo.

¿Cuántas veces a lo largo de su vida las mujeres le habían dado plantón?

Tantas que sería imposible enumerarlas.

De hecho no hubiera acudido a la cita de no haber ido Mónica a buscarle y acompañarle hasta la puerta de Alcalá.

Era su ángel, sin duda cada uno tenía el suyo.

Ella, casualmente, había quedado también a las doce en el Museo del Prado, así que se habían subido juntos al número dos.

El ruido de aquel autobús era uno de los mayores inconvenientes de vivir en su calle, especialmente en un banco, aunque nunca se había imaginado que un buen día podría transformarse en una carroza de cuento de hadas.

Estaba esperanzado, aunque algo nervioso.

El hecho de que el lugar de la cita fuera la apabullante estatua de Alfonso XII no le hacía mucha gracia, ya que le hacía sentirse ínfimo.

Sin duda ése era el cometido de toda obra monumental, rebajar al individuo.

Se preguntaba si cuánto más miserable era el personaje real, más elevado se encontraba en su pedestal tratando de crear de él una ficción, en este caso monárquica.

Él por desgracia era republicano.

Además allí olía terriblemente a meos.

Estaba pensando si debería llamarla, pero no sabía qué hacer.

Ver pasear a todas aquellas familias le animaba, aunque si uno observaba más detenidamente a cada uno de los que allí se encontraban, podía darse cuenta que se trataba de pobres infelices como él.

Entonces decide pasear un poco alrededor del estanque, imaginándose, cómo no, a los dos en una barca.

El cerebro está lleno de imágenes románticas como ésa, se dice.

Suponía que sería morena con melena, como la mayoría.

Todavía no había perdido la ilusión, creyendo que podría producirse un milagro.

La chica no debía ser religiosa porque aquella era la hora de entrar en misa.

Además los católicos no se quejan, sufren y se aguantan creyendo en la recompensa de una vida mejor en el más allá.

Seguro que Mónica sí había encontrado a su príncipe azul, que estaría esperándola con una rosa en la mano.

Se pregunta si ella nada más verle averiguará que es un sin techo.

Lleva un abrigo de cuero largo bastante elegante que le habían dado las de la caridad.

De hecho nunca antes había ido tan bien vestido.

Por alguna razón se sentía como un personaje de una novela romántica.

Además hacía una mañana espléndida.

El estanque se reflejaba en sus ojos verdes, tan claros y puros que precisamente por eso muy pocas personas estaban dispuestas a mirarse en ellos, pues les resultaban inquietantes.

Uno está acostumbrado a las miradas turbias, que son garantía de éxito y poder.

Ya había paseado un buen rato, así que decidió regresar al lugar de la cita.

A pesar de no encontrar a ninguna mujer con un pañuelo rojo al cuello, decide seguir esperando a su Godot.

Muriel acababa de perder el avión y llora desesperanzada.

Bien podría comprarse otro billete, para ella no supondría ningún inconveniente pues era rica, aunque de lo que carece ahora es de algo mucho más importante que el dinero, pero no sabría definirlo.

Lo tenía todo, especialmente autoestima, aquello de lo que según Manu carecían casi todas las mujeres.

Sin embargo sentía que le faltaba lo esencial para vivir, como el agua del alma.

¿No era amor lo que él le había ofrecido todos esos años?

Sin duda.

¿Y qué es el amor?

Todo lo que se necesita para ser feliz.

¿Y en qué consiste?

En entregarse a alguien en cuerpo y alma olvidándose de uno mismo y fundiéndose con la eternidad.

“Cuanto más vacío está un corazón, más pesa”, había leído una vez, y qué cierto era.

Lo pesaroso, la pesadumbre, eran palabras que había estudiado en español y que en su momento había memorizado porque compartían raíz con el verbo pesar.

Ahora, precisamente, entendía por qué significaban tristeza.

Entonces los españoles debían estar muy acostumbrados a sufrir porque habían expresado muy bien lo que se siente.

Tanto le costaba soportar la pena que era incapaz de dirigirse al mostrador de venta de billetes de Air France a comprar otro.

Lloraba como si hubiera perdido no sólo un avión, sino el mundo entero, el cielo, el mar, la tierra e incluso el universo con todas y cada una de sus galaxias.

Él le había declarado que ya no la amaba.

No podía ser.

Tendría que tratarse de una crisis temporal.

Ella también había sufrido unas cuantas a lo largo de aquellos diez años.

Todas y cada una, lógicamente, motivadas por la ilusión de otro amor.

Tres veces al menos le había sucedido eso de haber conocido a chicos guapísimos que le habían hecho perder la razón.

En realidad no creía que él pudiera sentir por aquella gorda nada del otro mundo, sino que suponía que se trataría de algún capricho.

O quizás venganza...

Reconocía que aquella noche no había pasado ni un instante junto a él y podría encontrarse resentido por ello.

Y es que Maurice no había dejado de seducirla desde que se había instalado en Madrid, haciéndola caer poco a poco en la trampa.

Aunque en su familia no eran creyentes, como la mayoría de los franceses, pues el suyo era el país del ateísmo, sentía como si hubiera cometido algún pecado que se encontraba expiando.

Si consiguiera ser perdonada tras haber ligoteado semana tras semana delante de sus narices, se sentiría de nuevo dichosa.

Como eso era lo único que realmente le importaba, decidió que no sería necesario volar inmediatamente a París.

Se diría que su corazón, poco a poco, como un globo, había vuelto a inflarse gracias a la esperanza de recuperar a su amado.

Aún así, todavía permanecerá allí llorando algún tiempo antes de vaciarse de la pena que le produce dejar a un hombre tan dulce y cariñoso en manos de otra.

Es como si se me lo hubieran robado, piensa volviendo a llorar desconsolada.

Modu entona una dulce melodía.
Se había despertado hacía un buen rato.
Tenía los ojos abiertos y miraba al techo completamente abstraído.
Compartía habitación con varios amigos que se habían ido a tocar al Rastro, donde miles de personas se daban cita religiosamente los domingos.
Todos los que allí se congregaban pretendían conseguir alguna ganga, y se afanaban como si en ello se les fuera la vida.
Se trataba de miles de ateos, nihilistas, que creían que la materia era superior al espíritu.
Pensaban que la posesión de algún objeto relativamente lustroso les convertiría mágicamente en seres más pudientes.
El poder se apropiaba de su voluntad, dirigiéndolos hasta allí como sonámbulos.
Llenaban los vagones del metro y las calles que bajaban desde la plaza de Cascorro hasta la ronda de Toledo como gotas de agua arrastradas por la corriente.
Gastaban para ser más, y trabajaban para tener más, mientras semana a semana y año tras año sus vidas no hacían más que menguar.
Los días laborables eran para trabajar, y los fines de semana para consumir.
Así funcionaban las cosas en la ciudad.
Todo estaba perfectamente reglamentado por una especie de ley divina que no se abolvía ni en caso de guerra, pues estaba perfectamente programada en el cerebro de cada individuo desde su nacimiento.
Gracias a eso las cosas marchaban realmente bien para el capitalismo mundial.
La religión, en tiempos de abundancia, resultaba superflua, innecesaria para arrastrar a las masas.
Entre las baratijas podían encontrarse verdaderas reliquias, vestigios de espíritus del pasado, y los nuevos, los futuros, encarnados por las vírgenes, las jovencitas, también se daban allí cita religiosamente cada domingo.
Para colmar aquello de espiritualidad, entre los músicos celestiales se encontraban sus amigos tocando el tambor.
Los ritmos senegaleses no estaban inspirados en las guerras tribales, sino en la alegría de las ceremonias y las festividades.
Ahí radicaba su éxito.
Sus tambores sabar hacían a los más enérgicos bailar furiosamente hasta ser despojados de sus malos espíritus, de su agresividad.
Aquella era la esencia del acervo espiritual y cultural de Senegal, y si los españoles lo consumían, aún sin percatarse de ello, sería porque de algún modo les beneficiaba.
Las masas necesitaban la música porque se trataba del lenguaje universal del alma humana.
De hecho los ritmos del tambor sabar constituían frases con las cuales se comunicaban entre aldeas separadas hasta por decenas de kilómetros.
Así que se podría decir que hablaban.
Quizás supondrían lo que las campanas para los fieles en épocas en las que aún no existían los modernos medios de congregar a los ciudadanos.
Ahora lo que les unía era consumir, y si ya no acudían a la iglesia, al menos aquellos sonidos llenaban sus corazones de latidos fraternos.
Los tambores senegaleses que bombeaban sangre a sus venas eran relativamente dulces, armoniosos y delicados en comparación con los de otros países belicistas, cuyos djembes no tenían una misión tanto liberadora como sometedora.
Por ese motivo la canción que ahora mismo él se encuentra entonando suena tan dulce como si fuera una nana.

Mónica mira atentamente el cuadro que le había fascinado desde niña. Su padre se lo había hecho descubrir, como casi todo, pues además de un socialista convencido y un perfecto conocedor de la historia universal, era un enamorado de las pinturas negras de Goya.

Todavía le costaba reprimir las lágrimas ante la emoción que le producía recordar al gran hombre que le había transmitido su saber con infinito amor.

Era Toledano y un romántico como Bécquer.

En cuanto tenía un poco de tiempo libre, cogía el coche y se iba a recorrer las estrechas callejuelas repletas de vestigios de todas las culturas que luego, en el siglo del robo del oro, habían hecho brillar la cruz de la nuestra.

Aranjuez, los jardines del palacio, era uno de sus lugares favoritos, al que cada primavera llevaba a su familia.

¡Cuánto amor derrochaba!

Quizás Goya había sido así, todo pasión, entrega y dedicación.

Y allí, ante sus ojos, permanecía incorruptible el fruto del espíritu libre de un genio que desde joven se había considerado lleno de imaginación.

Ella piensa que ésa debería ser la única y verdadera libertad de la cual todos los seres humanos deberíamos gozar, pues nos volvería dichosos.

El arte, sustituyendo a las religiones, todas ellas inquisitoriales y generadoras de conflictos bélicos, sería capaz de convertirnos a todos en soberanos, en vez de lo que éramos ahora, esclavos del primer amo que se nos presentaba.

Así él, más soberano que ningún rey, un afrancesado en tiempos de la revolución francesa, logró sin temor retratar la bajeza de las altezas reales de su tiempo.

Era un hombre franco en el sentido de noble, campechano, pero sobre todo honesto y honrado.

¿Cuántos como él existirían en aquel momento?

¿Y ahora?

Marcial, con su cante jondo, era sin duda el ser humano más afable que conocía.

Ni siquiera de sus colegas comunistas se podría decir lo mismo.

El ejemplo era Mario, que aprovechándose de su dominio de la obra de Marx trataba de liderar la asociación comunista a la que ella pertenecía, considerándose un gran filósofo sin haber pensado ni una sola vez por sí mismo.

Aquello, por muy socialista que él se considerase, le parecía un burdo artificio para sobresalir y aprovecharse del trabajo de los demás.

Las mismas artimañas que utilizaban reyes, curas, militares y capitalistas, eran empleadas por los mal llamados socialistas, e incluso comunistas.

Al parecer, tal como Goya manifestó a través de sus pinturas negras, siempre triunfa el absolutismo.

¿Cómo?

¿Por qué?

Aquel cuadro expresaba lo inefable, lo mismo que las rimas de Bécquer.

Tantas veces se había preguntado cuál sería su significado...

De niña se había imaginado recogiendo a aquel perrito solo y abandonado, acariciándolo y apretándolo ardientemente contra su cuerpo sintiendo su calor; pues besar y acariciar es aquello que todos los cerebros infantiles guardan programado de modo espontáneo en sus discos duros.

Sin embargo, llegada la adolescencia, se había vuelto más fría y distante hacia él, relegándolo, como el arpa del poema, a un oscuro ángulo de su corazón.

Pero como en la rima de Bécquer, mientras mira el cuadro, gracias al roce de la blanca mano que se encontraba a su lado, siente como si su padre hubiera resucitado.

Mohamed, más contento que nunca, besa y abraza a sus hijos.

Nunca hasta entonces les había visto tal como eran, sino como una masa indiferenciada.

Mujer e hijos para él venían a ser lo mismo, un deber, una obligación que desde niño sabía que tendría que asumir tarde o temprano.

Se había cargado con ello como si se tratara de un fardo cuando en realidad podía resultar verdaderamente gratificante, como en aquel momento.

A su mujer le contó que había tenido que salir urgentemente por cuestión de negocios, y ella le creyó.

Sin duda era una santa.

Llegaba tarde a trabajar por su culpa, pero tampoco le importaba.

No temía ser despedida.

Según ella el sueldo no merecía excesivos desvelos, pues era miserable.

También le había dicho que el dinero no valía nada en comparación con la felicidad propia y de aquellos a quienes amaba, y que si trabajaba era para valorarlos más cuando llegaba a casa.

Ella opinaba que la patronal debería suponer a la hora de rebajar los salarios, tal como venía haciendo con la connivencia de los sindicatos, que los trabajadores también tendrían derecho a incumplir sus deberes.

¡Qué maravilla de mujer!

Aún así se levantaba todos los días a las siete de la mañana.

Sin duda eso significaba que le quería de verdad, y que no pretendía ser mantenida en contrapartida por hacer el amor.

Daba gusto vivir al lado de una mujer así, siempre contenta y agradecida por todo.

Eso, además del suceso de aquella noche, le hacía desear romper con el pasado, con su familia marroquí y con su religión.

¿Es que Alá podía llegar a ser más grande que el corazón de una mujer generosa?

Todo ese rechazo hacia las mujeres que había experimentado desde la adolescencia por razón de su cultura, se había esfumado al descubrir lo que ellas estaban condenadas a recibir de los hombres.

Esa noche había descubierto la verdad con mayúsculas, lo que implicaba el sexo de los machos desde el punto de vista de las féminas.

Un horror, vamos.

El sexo, visto desde el lado pasivo, resultaba abominable.

Tanto era así que cuando se acababa, suponía un alibio tan grande que uno se sentía en el séptimo cielo.

Y lo peor era que el Islam potenciaba la violencia sexual como arma de dominación.

Aunque al principio había llorado como un niño al sentirse golpeado y sodomizado, al menos así había aprendido a ponerse en el lugar del otro con mayúsculas para un varón.

Había comprendido lo triste que debe resultar para ellas el sentirse constantemente doblegadas y degradadas en razón de sus órganos genitales.

A partir de ahora dejaría de verlas como un culo y unas tetas que agarrar, y comenzaría a mirarlas a los ojos, como hacía con los que consideraba sus iguales.

Se diría que había recuperado la inocencia de la infancia y renacido de una madre digna de amor y respeto, como lo era su mujer española.

Por eso se sentía tan feliz y tan cercano a sus tres hijos.

Incluso a la mayor, de ocho años, a la que nunca se había atrevido a tomar en sus brazos ni cuando era un bebé, ahora la abraza y la besa sin temor a su supuesta naturaleza impura.

Melissa acaricia la cabeza de su marido.

Aquello era nuevo porque normalmente no se dejaba, al menos mientras estaba despierto.

Al parecer las muestras de afecto a los hombres por parte de las mujeres estaban muy mal vistas en su cultura.

En el fondo creía que la occidental mantenía los mismos preceptos, aunque de un modo mucho más hipócrita, eso sí.

Mucho criticar el ramadán, para luego a celebrar las navidades por todo lo alto, sin tener en consideración las creencias de los demás.

Ellos se iban a pasarlas a Marruecos porque no soportaba aquel mercantilismo del sentimiento amoroso.

O la semana santa española, qué cosa tan escandalosa, pura histeria colectiva que arrastraba a millones de personas como corderos víctimas de un masoquismo aún más exagerado que el del ayuno árabe.

La cuestión estaba en sufrir y en evitar el contacto con el sexo opuesto, en rechazarlo con cualquier excusa.

Aquello siempre le había sacado de quicio pues su alma cubana se rebelaba como la de una revolucionaria.

No en vano su flor favorita se llamaba pasionaria, como la famosa comunista asturiana, y procedía de América.

Si por ella fuera emprendería una revolución, cargándose para empezar al dichoso ratón de Walt Disney.

No en vano su creador se había declarado anticomunista, al contrario que el entrañable Charlie Chaplin.

El hecho de matener a los niños embobados era lo que más le fastidiaba de todo ese mercado pseudoreligioso consumista de corte puritano protestantista.

Al menos el comunismo, allí donde había triunfado, se había encargado de frenar el flagelo de las religiones, todas ellas creadas con el único fin de mantener a la gente subyugada y amedrentada.

Entonces recordaba la terrible impresión que le habían producido ver a cientos de viejas de negro recorriendo a gatas el camino hasta una iglesia a la cual una vez la había conducido su abuela.

Terror, era la palabra, y el amor su antídoto.

Porque amaba a su marido, con el que se había casado por el juzgado por cuestiones burocráticas, aprovechaba para acariarle tiernamente mientras dormía.

Comprendía perfectamente además por qué la religión lo consideraba algo pecaminoso, pues todas ellas trataban de someter a las mujeres a base de rebajarlas casi a la altura de los animales.

Eso se lo había enseñado su hermano cuando era aún un crío.

Siempre con ese aire distraído y concentrado a la vez, acariciando un perro, le había explicado que aquel gesto era lo único que nos diferenciaba de las bestias.

Sus pies delanteros, mal llamados manos, sus zarpas, y ya no digamos las pezuñas, no les servían para hacer el amor, y estaban condenados a fornicar.

Qué lástima para ellos, porque nunca llegarían a alcanzar la gloria, pues nada había más placentero en el mundo que recorrer suavemente la piel de otro ser.

Por eso comprendía que las personas que vivían solas tuvieran la necesidad de una mascota a la que acariciar.

Precisamente por eso ella era dichosa.

Cada día alguno de sus hijos, como ahora a su marido, se encontraba con la cabeza apoyada en su regazo y ella acariciándosela.

Momo duerme al fin.

Su mujer se había ido con las niñas a comer a casa de sus padres.

En principio todos los domingos tenía que ser así, como si lo hubiera estipulado un juez.

La verdad es que aquello le parecía una especie de dictadura.

Además precisamente los domingos, después de misa de doce, a la que sus suegros no iban, pero qué más daba si luego celebraban la eucaristía en familia.

De milagro no le habían obligado a casarse por la iglesia.

De hecho la familia de ella lo había sugerido, pero sus padres se habían opuesto.

Aunque a él, ya puestos, hasta le hubiera dado igual.

Casarse estaba hecho para reproducirse como en una especie de granja.

Ganado cristiano, mahometano, budista...

¡Qué más daba en este mundo global!

Si eso era lo que todos los hombres tenían que aguantar en contrapartida a disfrutar de sexo seguro y asegurado, había que asumir los inconvenientes.

Por mucho que le doliera, él había entrado en el juego; aunque aún tenía esperanzas de salir, al menos a pasear un rato en libertad, como pensaba hacer aquella misma tarde a las seis.

Por eso se iba todos los sábados por la noche a pintar en la calle, para tratar de librarse de la maldita comida dominical.

Su esposa siempre montaba en cólera, pero él terminaba saliéndose con la suya.

Además ella hacía lo mismo los sábados.

En principio les tocaba ir a la casa de sus padres, pero siempre encontraba alguna excusa para evitarlo.

Si no salía tarde del gimnasio, la chica que le hacía la manicura o el peluquero se entretenían más de la cuenta.

Luego le tocaba a él llamar al Telepizza y a su madre disculpándose.

Así no era de extrañar que luego su suegra la odiara.

Trataba de disimular mostrándose afable y sonriente, pero se le notaba en la voz.

Al menos sus padres no eran unos ignorantes pretenciosos como los de su mujer.

El padre de Mercedes, si sostenía el periódico durante horas frente a sus narices, La Razón, era simplemente para parapetarse tras él.

Sus padres, leían ambos El País, lo que ofrecía a la pareja una cierta imagen de igualdad.

Pero en realidad no era así, dado que los dos trabajaban en la librería y era ella la que compraba, limpiaba y cocinaba.

La Madre de Mercedes también, pero a diferencia de la suya, se vestía de ricachona y se permitía no trabajar gracias a los manejos inmobiliarios de su marido.

Aunque ya antes, cuando él era un simple contratista, según las fotos familiares, siempre llevaba falda, tacones, pendientes, los labios rojos, las uñas pintadas, y se notaba que iba a la peluquería.

Mercedes era también de esa clase de mujeres que se arreglaban muchísimo.

Cuando se habían conocido, le había gustado precisamente por eso, ya que el aspecto de su madre le parecía deprimente, pues iba siempre con pantalones, sin maquillar y con el pelo canoso sin peinar.

El tener a su lado a una chica siempre arreglada, aunque no era guapa, le hacía sentirse seguro.

Eso le parecía lo que todo hombre necesitaba, y le atraían terriblemente las mujeres engalanadas, aunque nunca leyeran el periódico.

Por eso ahora, gracias a que al menos posee una, duerme tranquilo.

Marisa prepara el desayuno para Marina con dulzura.

Su hermana trabajaba en CASA, Construcciones Aeronáuticas S. A., y siempre les gustaba bromear con eso, diciendo sólo las siglas para crear ambigüedad.

Ahora trabajar desde casa se había vuelto algo habitual, pero antes era sinónimo para muchos de no trabajar, como si las tareas del hogar no requirieran esfuerzo.

El reivindicar el trabajo de las amas de casa había sido una de sus primeras labores de compromiso social.

Cuando alguien decía que una mujer no trabajaba, le demandaba qué tareas realizaba diariamente en el hogar.

En muchos casos eran ellas mismas, aún con hijos y personas ancianas a su cargo, las que se conformaban con su injusta situación y reitaraban no haber trabajado jamás.

El mundo entero estaba lleno de mujeres esclavas, esclavizadas y esclavizadoras, pues ellas mismas se afanaban en convertir a sus hijas en víctimas de la guerra machista que se fraguaba desde hacía siglos.

Afortunadamente para ella, su madre no era así.

Se trataba de una mujer que había participado de las revueltas estudiantiles de los años sesenta contra la dictadura y conocía muy bien los mecanismos que utilizaba el poder para lograr la sumisión del pueblo.

Gracias a haber tenido a su lado a una feminista velando por su bienestar, había logrado desarrollarse sin traumas ni complejos.

En realidad las propias madres ignorantes y sumisas se convertían en el verdugo de sus hijas, a las cuales trataban de cortar por su mismo patrón, como si sus cuerpos les pertenecieran mientras ningún hombre lo reclamara como propiedad privada.

Mano de obra gratuita, eso era lo que realmente ofrecían todas y cada una de las hembras humanas.

Siempre corriendo, afanándose por lo que fuera con el fin de sentirse útiles y satisfacer a los demás.

La palabra era esclavitud, pero elevada al máximo exponente, puesto que el tráfico de mujeres destinadas a la prostitución, unos tres millones al año, equivalía al del comercio de esclavos africanos durante todo un siglo.

Daba igual de qué lugar del planeta se tratase, pues todos funcionaban exactamente igual.

A las niñas, desde muy pequeñas, se les ponía una escoba en la mano, mientras sus hermanos jugaban a la pelota.

De ahí venía el éxito mundial del fútbol.

La burla absoluta hacia las mujeres consistía en hacer creer a la gente que cualquier varón podría llegar a hacerse millonario dándole patadas a un balón.

Así las ventas de los jugadores alcanzaban cifras astronómicas y se hacían públicas con ese perverso objetivo.

Además el presidente del Real Madrid, un gran experto en la materia, había mostrado al país que los hombres también podían hacerse ricos sin trabajar comprando y vendiendo propiedades inmobiliarias, a condición de sobrevalorarlas.

Así se encontraba España, en la ruina, con los españoles rascándose la cabeza, preguntándose aún si es que había habido algún fallo en su sistema económico.

Pero el que se encontraba completamente errado era el social, y seguiría estándolo porque el resto de países europeos funcionaban exactamente igual; es decir, a base de violencia de género.

Si en Francia morían aún más mujeres víctimas de malos tratos que aquí, no quería ni imaginar lo que sucedía en Alemania.

Ahí radica el nazismo, se dice mientras remueve dulcemente el chocolate.

Manu se encuentra atónito.

Resulta que estaba junto a una mujer cariñosa, tierna y sensible, que además sabía apreciar el arte.

En realidad no se trataba de conocer, sino de sentir y luego reflexionar.

Para empezar, como todo, requería tiempo.

A través de un cuadro se podía llegar a conocer muchísimo.

La historia, la política, la sociología, hasta la biología, y no digamos la religión, ahora denominada psicología, habían sido representadas por artistas geniales a través de los siglos.

Luego, en el XIX, con el nacimiento del positivismo y la fotografía, el ser humano había dejado de crear, para destruir y destruirse en nombre de la ciencia.

Ella era una nueva diosa sin alma enfrentándose a las antiguas creencias con el fin de aniquilarlo todo, en primer lugar la naturaleza, la verdadera deidad.

La totalidad del conocimiento humano, tal como bien había mostrado Bertrand Russel, podía recogerse en un solo libro.

El resto era puro maniqueísmo.

Ahora la todopoderosa industria científica guiaba ciegamente a la humanidad, claro estaba hacia donde.

Lo increíble era que Goya, uno de los genios más adelantados a su tiempo, hubiera logrado vislumbrarlo con tal claridad.

El cuadro que Mónica le había mostrado, y que juntos habían analizado dialogando al estilo de Platón, hacía que se le erizara piel y sintiera escalofríos recorriendo su espina dorsal.

Todo ocre y negro, al estilo del arte abstracto, o de sus precursores, los impresionistas, y cargado de simbolismo, como la obra poética de su profeta, Baudelaire.

El fin del mundo, la bomba atómica, la destrucción llevada al paroxismo, podían adivinarse en aquel atardecer de la humanidad, luego amanecer para el resto de seres vivos.

Los humanos habrían desaparecido de la faz de la tierra tras aniquilarse los unos a los otros sin piedad.

Entonces un perro sin amo, al igual que Leonardo da Vinci, comenzaría a desarrollar su inteligencia en libertad mirando al cielo y pensando que él también podría llegar a volar.

Justo el siglo de Goya, siguiendo las predicciones del autor de uno de los cuadros más famosos del mundo, codiciado por el mismísimo Napoleón, había visto elevarse el primer planeador.

Y luego de ahí a los bombarderos no había transcurrido mucho tiempo.

Lo cual no era de extrañar, pues en el XIX, Dostoievski, el mejor novelista y una de las mentes más lúcidas de la historia, había declarado que los nuevos dirigentes mundiales eran verdaderos demonios.

Y todo porque los grandes valores de la aristocracia se habían convertido primero en vicios de la burguesía y luego en perversiones del vulgo.

Con la sangrienta y cruel revolución, el último reducto de amor entre personas de distinto sexo, lo que se conoció como vida galante, heredera del amor cortés, había desaparecido de la faz de la tierra.

Hasta Dios, como sucedáneo del amor, había sido finalmente desterrado, dejándonos tan solos y abandonados como el perrillo del cuadro.

Si al menos el ser humano recuperara su humildad..., había exclamado su acompañante esperanzada.

Y aquella preocupación por los demás, tan inusitada, acaba de dejarle atónito.

Malaika se agita sudando, sintiéndose una mujer poseída por el diablo. Aquello tenía como causa las tareas sadomasoquistas a las que se consagraba los domingos en un hotel de lujo. Su labor consistía básicamente en lo mismo que en la calle, pero en este caso, como los clientes eran potentados, el trabajo resultaba muchísimo más complicado y estresante. Al menos aquello no lo hacía por dinero, ya que era tan terrible que no tenía precio. El pago que había solicitado a un jefe de policía que dirigía el cotarro, era un salvoconducto para las prostitutas que recogía de la calle. Todo estaba previsto, pues habían llegado a un acuerdo. En vez de dinero, se les expedía un certificado de defunción y un pasaporte falso. Si su chulo pedía ser indemnizado, se le daba el dinero que demandaba, e incluso alguno más de propina para que estuviera contento. No solía pasar allí nunca más de una hora, pero se le hacía eterno, pues era como el viaje de Dante a los infiernos. Había conseguido aquel trabajo hacía años gracias a una vieja prostituta muy conocida en Vigo por tratarse de una amiga íntima de Fraga desde la juventud y suministradora de carne humana en la vejez. Allí había comenzado a trabajar como chaperó a los dieciocho. Su madre, con un miserable sueldo a cambio de dos trabajos, secretaria y prostituta gratuita de su jefe, como tantas y tantas mujeres en el mundo; jamás podría haber llegado ni siquiera a pagarle una habitación en un piso compartido con el fin de poder ir a la universidad. La vida era así de triste para los proletarios de verdad, las mujeres solas con hijos de las cuales todo quisque se podía aprovechar. Se trataba de una estrategia de la dominación masculina para doblegarlas a todas, obligándolas a conseguir un marido. Si no se convertían en las esclavas legítimas de un hombre, luego a sus hijos también se los pasaban por la piedra para castigarlas. Las cosas eran así de trágicas en todo el mundo. Habían sido estipuladas hacía muchos siglos, y nadie podía cambiarlas. Aunque a principios del siglo XX en España, como en muchos otros países, las sufragistas y los anarquistas se habían propuesto dar un giro a la historia, ahora la batalla estaba irremediabilmente perdida. Si el comunismo, al menos, hubiera servido para que las mujeres maltratadas pudieran abandonar a sus maridos, tal como había tratado Bertha Pappenheim, el nazismo nunca hubiera existido. Pero existía, se llamaba liberalismo, y estaba más en ebullición que nunca. Primero las ondas de radio, y ahora las de la televisión, eran empleadas por el propio satanás para hacerse obedecer. El sadomasoquismo guiaba a la humanidad. El BDSM de andar por casa, sin tacones, en zapatillas, representaba el arma de destrucción masiva de esta tercera guerra mundial. Nuestros futuros líderes de extrema derecha, nietos de amigos de Franco y de mujeres frías, no eran pecadores, sino psicópatas como el de Psicosis. Sus verdaderas dominatrices eran sus mamás, mujeres tan arregladas como la Thatcher y despiadadas como la Merkel. La derecha española estaba llena de ellas, y lo peor es que se creían santas por pertenecer al Opus Dei. De ahí que sude y se agite como la niña del exorcista.